

# [ Pensar lo nacional

## La literatura cruel

Miguel Ángel Campos ]

Si en vez de conferenciante fuera yo novelista, sería como Balzac, cruel con la sociedad de su época; como Flaubert, severo con las costumbres de su época; como Tolstoi, pesimista y despiadado con las arbitrariedades de su época...

Miguel Eduardo Pardo

*Para Ángel Lombardi, el historiador entre la literatura*

La conferencia que Julián Hidalgo lee en Villabrava una tarde, hacia los años finales del siglo XIX, parece la relación de un espectro que ha viajado en el tiempo durante los siguientes cien años. La novela de Pardo, *Todo un pueblo* (1899), ha sobrevivido a un destino de malentendidos y la crítica misma ha visto en ella alternativamente el testamento de un resentido, un “drama de capa y espada”, por un lado, y por otro avanzada de elaboraciones urbanas. En todo caso, pareciera que no es en sus aportes estilísticos y su desenfadado tema donde están sus méritos de fuerza, heredera de la vocación tribuna de la literatura resume cabalmente esa condición del escritor ensimismado en las tareas civiles. Y sin embargo en su previsible énfasis, en su formato de desacuerdo y el contrapunto de moralidad, la biografía que ella traza con determinación está informada de

elementos intuitivos y ruda desazón sobre la condición real de una sociedad y su derrotero frente al largo porvenir.

Ese capítulo X luce como el típico esfuerzo de caracterización de una sociedad apelando al conocimiento de sus pulsiones más recurrentes, sus tendencias verificables, y más allá de las pasiones políticas. La requisitoria de Hidalgo poco tiene que ver con las valoraciones de los hombres del foro en torno a la función de las instituciones o la ética de lo público. Examen general de un orden ya en condiciones de responder por sus acuerdos, el discurso pardiano supone alejamiento de los perfiles pintorescos y extrapolación de hábitos y creencias en conclusiones de largo alcance. El objeto de sus juicios es el discurrir de los ciudadanos en un plano ceñible y real de lo colectivo, los vicios engendrados en el lento quehacer de lo acumulado y bajo las tensiones de la disolución del sentido de la herencia común.

Prospecto de un país que renunciara a las gestiones estables de la justicia y que hará del bien público el cínico parecer de los hombres providenciales, en el mejor de los casos. Recelo y poca aptitud para la solidaridad, odios de castas formadas en la ley de la ventaja, patologías de unos grupos conviviendo en la proclama de virtudes nunca ejercitadas en la rutina diaria y en el desgaste psíquico de la ausencia de herencias estimulantes. Ese momento debe ser seguramente el punto exacto para un balance donde la *gens* se muestra ya en su estatuto representativo de una grave realidad y donde todos son responsables. Aún cuando el tremendo peso uniformador del Estado parezca apagar todos los otros ruidos, y sin embargo la configuración de lo público ha ido haciéndose desde la diversidad de unos hombres que son héroes, otros doctores, arribistas, bandidos del campo y la ciudad, “ciudadanos esclarecidos”, civilizadores ilustrados. Hay de todo en un amplio espectro de fuerzas resolviendo la vida civil en un escenario abierto y donde todos parecen tener opción —desde las llamadas oligarquías, por ejemplo—, tan sólo gestiones pintorescas de hombres carismáticos o menos que eso: pura ascendencia sobre lo inorgánico, hasta los *taitas* que van y vienen como ese Páez, o uno que se queda largo rato, como Gómez. No cabe la menor duda de que el balance de ese discurso es digno de ser tomado en cuenta, pues está construido desde la perspectiva de la argumentación étnica y la interpretación de tendencias, hay detrás un sociólogo enardecido, un observador capaz de fijar la mirada en lo residual y ver con atención el cauce del río sin dejarse encandilar por la corriente.

No es *Todo un pueblo* novela de tesis al estilo de *Idolos rotos*, por ejemplo, se trata antes de un género que recuerda la irreverencia de Argenis Rodríguez, persiste en ella la voluntad de denuncia pero no se agota en el tono panfletario de ésta, lo dicho en ese capítulo X tiene la extensión y el rigor de una exposición pericial, no hay exceso de adjetivos, tampoco insistencias que nos hagan pensar en deudas personales del autor; y a pesar del lugar común de la crítica que sitúa el discurso en un marco de resentimiento. Aun cuando Hidalgo es víctima de un estamento de aquel orden, su reacción no opone unas virtudes a unos vicios y menos los distribuye maniqueamente en sectores del poder organizado, la suya es una visión del todo funcionando en un ritmo acompasado. “La enfermedad, ya lo veis, es intensa; enfermedad de influencia trágica, de hondos y devastadores contagios.” Quiere fijar los rasgos de una voluntad obrando por encima de las circunstancias y las aparentes diferencias, ve en un origen híbrido y reactivo la uniformidad de los grupos sociales en guerra por una pretenciosa diferenciación. La aristocracia de ese conjunto, dice, “engendró seres degenerados y enclenques”, el igualitarismo sería así consecuencia y apelación a una incapacidad para establecer responsabilidades individuales en un escenario de abierta crisis del sentido de lo público.

Duro y exigente, el autor que habla en esas páginas no se ahorra calificativos: tiene al frente un cuadro de gente violenta y taimada, asesinos y escarnecedores, respetables de larga infamia en la vida privada, son los tipos sombríos de aquel intercambio de odios solapados, en el centro “el vértigo de nuestra experiencia compleja y trabajosa”. A ratos pareciera ir hacia la comodidad de las condenas lombrosianas, pero a tiempo percibe la autonomía de lo irregular; da con fuentes más reales y así pone al final de una lista de carencias aquella de *la conciencia pública sin articulaciones*. Toda una categoría societaria en manos de un avezado Briceño Iragorry cincuenta años después. El desamparo de lo ciudadano, el espejismo de lo urbano como amontonamiento de edificios, las “silbas canallescas” que ofenden a las damas, y todo un largo repertorio de haceres torvos denuncian la existencia de lo amorfo, el simulacro de civilidad.

Siempre me he preguntado por qué en posesión de estos hallazgos fuimos a buscar el origen de nuestros males en explicaciones tan poco interesantes como la llamada *teoría del imperialismo*, por ejemplo. Si el libro de Pardo tuviera siquiera un asomo de humor, si en él hubiera apenas una *guasonería* estaría ya en otra clasificación: el relevante costumbris-

mo, pero éste es en él sólo insumo, dato etnográfico. Se ha dejado atrás el escenario de lo pintoresco y su humor a veces sombrío, y sin embargo cuán útil resulta para este novedoso observador el conocimiento aportado por aquel género, sirve ahora a la tarea de hacer prospección, de situar las consecuencias de unas maneras, en suma, enjuiciar el peso de un rumbo movilizad por unas elecciones. Resulta poco menos que increíble comprobar como se retrasó el análisis, si vemos el temprano esfuerzo de la mirada interior; cuando hubo necesidad de diagnosticar el atraso a nadie se le ocurrió interrogar una genealogía, escudriñar en los hábitos de un pueblo. En un alarde de simplismo se fue a buscar la razón en una tradición de opresión –colonialismo, guerra de pardos– que situaba los elementos antropológicos fuera de alcance de toda discusión.

Como lo demuestra la síntesis de ese capítulo X, ese error no se debió a una observación defectuosa, admirable es ante todo la eficaz dedicación de nuestra etnología, de nuestros sociólogos atisbando desde la penumbra; se trató antes de la negativa a articular esa observación a una visión de destino. La teoría del imperialismo aparece como explicación adelantada del fracaso civil, y empalma una continuidad de imposibilidades, aunque en lo anterior inmediato las causas de esas imposibilidades no sean tan claras ni los responsables puedan lucir nombres concluyentes, cómo entender que el balance de esa animosa segunda mitad del siglo XIX sea la barbarie agraria que le garantiza al país 35 años de patriarcalismo. Pueblo e instituciones quedan excluidos del balance de aquellas responsabilidades, la sociedad es declarada inocente y la agudeza de casi todos nuestros intelectuales se vuelca sobre agentes exteriores y esquivando la complejidad interior en una fase avanzada de la constitución de la *gens*, lo que resulta al menos un acto evasivista. Pero un balance ya ha sido hecho, por el método de reducir el todo a las partes Pardo elude los espejismos del legado patrio, va al centro de los desarreglos y sobrevive al espectáculo del escándalo. “La patria es otra cosa, es el respeto mutuo, es la estimación de hombre a hombre, el cariño de familia a familia, la lealtad de amigo a amigo...” Debe apelar a referencias más estables a fin de desenmascarar los usos fraudulentos a que se han dado los representantes de la cosa pública y también los representados en su fetichismo de la ley, una manera de doble moral.

Para nosotros, hoy, la distinción de Pardo tiene un claro sentido sentimental: frente al colapso de los haberes colectivos en la retención del

bien común, debemos inquirir por aquellos otros que lo aproximan desde una ejecutoria menos sospechosa. Por esta posibilidad se pregunta un autor como José Balza cuando explora el intercambio de los grupos menesianos, habla de un universo donde sea posible “la existencia para seres parejos, hondos y verdaderos”. La exigencia de Balza tiene no obstante una amarga constatación, dice: ¿“Cuántos años puede durar en Venezuela la pureza de una amistad o de un amor? Todo es tan fugaz, aquí, que inexorablemente el inteligente debe ser sacrificado: por su amante, por sus amigos, por la política, por el país”. Grave, dolida, su queja retumba en nuestra ruta de extraños y nos encara con la vergüenza ontológica, ¿sorprende acaso que un crítico, al situar la obra de uno de nuestros más dedicados constructores de imaginario haga esta clase de señalamientos? Pues tal vez sí, el crítico ha visto el vacío de la mala conciencia, pero también unos personajes, espectadores detenidos, esperando un cambio del estado del tiempo, no es sino ese el tenso clima de aquellos que miran la ciudad desde la ventana de unas oficinas, en la novela de Meneses *El falso cuaderno de Narciso Espejo* (1951).

Conjunto de síntomas de un gentilicio en un cuadro sin duda amargo, pero fuera de toda duda y toda sospecha de maledicencia, la audacia de Pardo descubre las carencias de una comunidad y propone esta falta como fuente de la infelicidad. Una clasificación somera de aquel espectáculo nos daría un catálogo de perversiones: la cortesía no proverbial sino ladina, el culto de la inocencia de la comunidad, la sociedad victimizada (el mito de las instituciones culpables), la destrucción de la solidaridad, el igualitarismo demagógico. Expresiones de un gran drama de fondo, el de unas relaciones societarias perturbadas; si buena parte de la literatura podía omitir estos ritmos, las pausas prevenidas nos han dado momentos sólo para el escándalo o la indiferencia. A la novela de Pardo deberíamos añadir *El señor Rasvel* (1934), de Miguel Toro Ramírez, la misma novela de Meneses, esa *Batalla hacia la aurora*, de Mariño Palacio, momentos estelares en la captación de unas pulsiones, en la fijación de un carácter en el que los elementos pintorescos han sido filtrados y el condicionamiento cultural es visto desde su acción más estable.

*El señor Rasvel* ha permanecido sepultada en la sección de libros raros de la Biblioteca Nacional durante 70 años, leerla y esconderla diligentemente debió ser un sólo acto. No era para menos, mostraba la vida novedosa del hacer petrolero desde una perspectiva ajena a cualquier

conciliación criollista, a todo dolido nacionalismo. Frente a la apoteosis de *Mene* (1935), aureolada del prestigio de la censura, casi mártir, y cuyas ediciones se multiplican en pocos años, *El señor Rasvel* debía quedar desplazada del alcance de los lectores. Además, nadie iba a entender aquella historia paralela de un país de sujetos agudos pero venales cuando todos estaban encareciendo las bondades del campo deprimido y doliéndose de las tradiciones laceradas por el nuevo orden, y ya el tipo duro del gringo insolente estaba canonizado. *Mene*, en cambio, interpretaba los sucesos del día desde una valoración previsible y exitosa, en primer plano los desconcertados que debían ser amparados hasta el tutelaje, en el fondo el lamento sempiterno de la criatura impávida en el primer día de la creación y que se me ocurre sintético en la conocida gaita de Ricardo Aguirre: "Maracaibo marginada y sin un real".

La trama de aquella novela no sólo pone en aprietos la imagen de lo nacional puro y justo y lo extranjero codicioso y corruptor, sino que descubre como un fino cirujano el delicado tejido de fondo los paradigmas de un conjunto de nociones que ya estaban formándose en el imaginario social, listos para sustentar la eficacia de un modelo para las próximas generaciones. Riqueza, bienestar, seguridad, son todas categorías alimentadas por un extraño concepto del dinero que hace de éste un agente gestor; atesorar será la expectativa de una sociedad dispuesta a entender el perjuicio sólo como la fricción con los intereses del otro, y en la cual el entorno no existe como continuidad de una heredad mayor. De la abismal disección de la novela podemos espigar elaboraciones como aquella de lo que es robar: "¿Comprende usted? Esta es la base de todo y eso no es robar. Robar es quitarle lo necesario a un pobre. ¿No lo cree usted? Uno no puede ser tan tonto. *Aprovechar sin perjudicar*. El día que usted tenga ese credo será un hombre feliz". O esa *mea culpa* del propio Rasvel cuando decide retirarse, la enmienda supone sólo su propia contención: que los demás sigan pecando para mejor enaltecer su nueva condición. Es el festín de los avisados, de los hombres de olfato para los negocios, estén en un Ministerio o en la modorra del sector terciario, denominación de la economía para signar la compraventa, pero es también el espectáculo pasivo de quienes observan desde la sombra, aquellos melancólicos de lo que ni siquiera han imaginado, los denunciadores del bienestar que no llega y que harán suya la tesis del *petróleo perverso*, reflujo del sentido común para explicar el fracaso y que termina justificando a una clase dirigente.

Con algún esfuerzo pudiera reconocerse en el conjunto de personajes de esa oficina donde evoluciona toda la acción de la novela, los tipos de la sociedad villabravense de cuarenta años atrás, la índole moral y sus perfiles civiles son una transparente y lógica metamorfosis. Repaso las páginas de esta novela y me pregunto quién es este Miguel Toro Ramírez, de dónde salió, cómo podía estar viendo con tal desenfado el país del futuro en su precisa configuración. Admira su capacidad de situar valores y tendencias vistas en su efecto moldeador de un carácter. Frente a la observación de campo abierto, dominada por una querrela dolida pero falsa de *Mene*, Toro Ramírez despliega la potencia de los espacios interiores de una intimidad en la cual unos temperamentos discurren desde lo visceral y como fuera de observación, superando el cliché de lo nacional idílico y lo extranjero acechante. Oficina vs. campo abierto, ahí pudiera estar la clave de la sola observación, la de la articulación tal vez esté en una buena dosis de recelo y en dar la espalda a las vehemencias que encontramos en un autor como Luis Britto García, quien se propuso demostrar que a lo largo de su existencia el pueblo venezolano había sido infamado, disminuido, por nuestra novelística y eso lo había hecho temeroso, apocado. El mismo escritor mediante un curioso malabarismo diagnosticó la llamada *viveza criolla* como “inteligencia adaptable”, en un afán de presentar como virtud lo que no es sino un inconveniente para la vida ciudadana. En su incontestable ensayo, “El mal de la viveza” Uslar descubre esta “adaptación” democráticamente distribuida en todas las capas sociales, el autor de la redefinición, sin embargo, parece haber buceado en los vicios de una sola de estas capas y se apresuró a santificar aquella práctica como suya exclusiva, cuando en realidad es el baldón de todo un gentilicio.

Pero si *Todo un pueblo* es la novela hecha desde la imprecación de la realidad, *Batalla hacia la aurora* (1958) es la prospección de un tiempo en ebullición, todavía sin arraigo. Si aquella denuncia, disiente, ésta propone, explora, quiere romper con un escenario a fin de forzar nuevos actores en un acto fundacional, lo que también es una manera de conmoción y desacuerdo. Por lo demás en abierta refutación de la insistencia criollista —para efectos relacionales el tiempo de observación de esta novela es finales de la década de los cuarenta, escrita entre agosto de 1947 y marzo de 1948—, los diez años que transcurren hasta su publicación muestran un ciclo inmóvil, los tipos discursivos que despliega Garmendia de alguna manera aparecen sin genealogía inmediata, pues parece haber un vacío.

Requisitoria contra las tareas retrasadas del arte de novelar; la función moral del libro de Mariño Palacio es evidente. Rechaza motivos novelables y amplía los intereses de sus personajes en un esfuerzo aleccionador; forjar otros ámbitos de desarrollo para exigencias que ya no debían situar la responsabilidad del escritor en la pura demanda de la representación. Ese inusual pórtico titulado “El novelista habla a la vida que es como una mujer triste”, resulta más que una declaración de principios del genio saludando un porvenir ominoso, es sobre todo la necesidad de teñir la escritura argumental de riesgos personales y desplazar la búsqueda del intelectual de las convenciones testimoniales. “Por el alma de mi país que trata de integrarse, por mi propia alma... despejemos un poco los cielos, elevemos un poco la mirada de esta oscuridad que nos conturba y busquemos en el corazón, secreta fuente, la llave que ha de llevarnos a la dignidad...” Podría decirse que el autor prefiere la retórica a la demagogia, y esta no es una elección descuidada, opta por la materia real de su arte, lo humano como incertidumbre, y desdeña las noticias de un orden que discurre en sus acordados compromisos.

Los imperativos son ahora la propia exigencia del artista angustiado por el entorno rezagado y el tiempo admonitorio y premonitor; parece hablar consigo mismo y esta frase inquietante cierra aquella invocación: *Novelista, los fantasmas te rodean, saluda a la vida, que pasa como una alba fugitiva a tu costado*. Momento solemne este de la literatura venezolana, la incitación supone el fin de la condición pedagógica del escritor; reconocimiento de la autonomía del proceso creador. Y sin embargo, cuanto hay en esta novela de honda desazón ante un *ethos* colectivo —ensalzado por unos, acodado como cliché por otros—, de entusiasmo por un escenario del que se espera ver nacer las novedades y la redención del propio artista. “A las diez de la mañana la ciudad es un rumor; un viejo susurro que lo domina todo”. Cuánta fe en ese mundo hay en el urdidor de tramas, es la ficción construyendo por la fuerza un universo real para unos seres que ya no pueden esperar más. Concebidos en la más absoluta contemplación el conjunto de personajes irrumpe para establecer sus propios términos de intercambio, no para corresponder a los vaivenes de una ecología social, menos aún para ratificarla. Y sin embargo la tensión lo desgarrar todo, hay certidumbre, la del explorador dándole sentido a sus necesidades, pero muy lejos está la plenitud, seres creados en virtud de un golpe de fuerza, vienen a la vida para encandilarse, a sufrir el destiempo pero sobre todo a descubrirnos el futuro, sufren para mejor mostrarnos



nuestra poca aptitud para el drama, lo cual es una manera de advertencia y amparo. Pocas simpatías con los cuadros de una marginalidad atascada en su propio conformismo, sin duda, ninguna exaltación de las imposibilidades de un país que ya se regodea en su mala conciencia y languidece en la queja. “En esos suburbios, en esos barrios bajos, se agrupaba una gran ansiedad. Una ansiedad más terrible, porque era desesperada y nacía de una desesperación sucia, fisiológica y espiritualmente hablando”.

Sanción del grotesco que subyace en el fracaso del sentido de lo urbano, la visión mariniana recela del igualitarismo porque se le antoja refugio de una forma de caos y promiscuidad, pero a la vez indica en una dirección, aquella de las solidaridades de los grupos educados en una sensibilidad que resguarda al individuo contra las tentaciones de la pequeña vanidad y de toda equívoca liberación. La opción de ser en un proyecto dimensionado para unas fuerzas antidemagógicas y sustentado en la interrogación de las complejidades humanas: “Tenía la amistad de Australia, esa, la bella amiga, la discreta amiga que la animaba a vivir. Tenía esa amistad que era tan fuerte y la ayudaba en la empresa de su propia y total liberación”. El plan de liberación de Esbelta Fortique es como el programa de purificación de una vida ostentosa y aturdida, la *mea culpa* donde debe verse no tanto el estrago de la obcecación como la continuidad del desvarío. Pero tal vez la obtusidad sea el peor mal y aquella Caracas que se extiende cerca de su vista ya no admite redención alguna: con sus ranchos incipientes, su burocracia presumida, su gente triste, eligió para siempre la comodidad, la blandura de lo que no mata pero alela y predispone para la molicie. Es así como en el primer acto de ese plan es necesario “ir destruyendo con cierta valentía todo lo que anteriormente se había edificado sobre bases falsas y cómodas, luego destruir las propias bases: quedarse como una ciudad arrasada, en la inmensa soledad”.

¿Qué hemos hecho con estos momentos de luz entregados por nuestros escritores al precio de la angustia y el desencanto? Hemos recelado de ellos, los hemos condenado al ostracismo, tal vez más indiferentes que ofendidos optamos por interpretaciones inocuas o la terrible censura del olvido. En cambio, somos capaces de celebrar a veces falsas solemnidades, y guardamos silencio ante la arrogancia que puede ser injusta con nuestros logros, aun cuando éstos puedan ser inerciales, como cierta paz. Por lo demás, si esa paz traída por la riqueza fiscal pudo ser precaria, no lo es tanto cuando ha evitado los desafueros de las matanzas y eso ha sido así puntualmente en Venezuela en mayor o menor grado.

Ni la encomiada tradición civilista chilena impidió el zarpazo fascista de 1973, tampoco la prosperidad de las diversificadas economías argentina y uruguaya conjuró la barbarie de sus dictaduras que concluyeron en la caricatura grotesca de una guerra anacrónica en el siglo XX. Y sin embargo, un hombre sobreviviente de aquellas experiencias, apto para ejercitar la tolerancia y un humanismo de maneras, el símbolo de una generación de disidentes, flaquea ante el escozor de la soberbia. Este intelectual de claros méritos encuentra en Venezuela las condiciones ideales para ejecutar tal vez un sueño de muchos, me refiero a esa Babilonia que es la Biblioteca Ayacucho, acogido con simpatías, encuentra aquí un poco de solaz, estación de sosiego en su huida del espanto. Ese hombre, Angel Rama, que ha visto a sus amigos, a miembros destacados de su generación, a los hijos de un tiempo creador ser pasto de las atrocidades y el y crimen de un orden envilecido, en fin, se torna juez áspero a la hora de juzgar la “burguesa democracia venezolana”. Para él no somos sino gente pueblerina, provinciana, atrasada, su *Diario* está lleno de este recuerdo, aquí y allá salta como expediente, sin más análisis ni meditación, encuentra que nadie sirve y todos son segundones y llega a fastidiar con su pregón de las dificultades de *conseguir personal venezolano apto* para aquellas tareas de la Editorial. El *Diario* ha sido reeditado aquí y eso al menos pudiera probar que no estamos arrasados por un exceso de pudor pueblerino.

Pero los antecedentes americanos de la Biblioteca Ayacucho no son chilenos, ni argentinos, ni mexicanos, son venezolanos, *La Biblioteca Americana* y *El Repertorio Americano* (digamos, como difusión sinóptica), de Bello, y en el siglo XX, todavía sin petróleo, la inclasificable *Editorial América*, de Blanco Fombona. Lejos estoy de conciliaciones con la sociedad indiferente y extraviada, quiero, en cambio, hacer homenaje a la solvencia de una tradición mental que encarna siempre en el donaire, en el antifilisteísmo; las instituciones se arruinan con frecuencia, aquellos dones no, y un país es sobre todo el estilo, las maneras de sus hombres. Ciertamente, el negraje incivil me aturde con su patanería y mil veces estaría dispuesto a denunciar la medianía de un pueblo bullanguero y fraudulento, pero nada tengo que ver con la cicatería de los vanidosos. Puedo entender la mezquindad, a fin de cuentas es una forma del miedo, la de reconocer las posibilidades del otro, pero su ejercicio en determinadas circunstancias puede resultar tan sólo franca impudicia. Pero ya no sé qué decir cuando

algunos no han resistido la tentación de convertir las infelices frases de Rama, su deprimido desplante, en sanción proverbial y argumento contra aquellos días de democracia burguesa sin campos de exterminio, que en realidad no era sino lo que hoy, pura democracia fiscal, y está bien que así sea.

**Miguel Ángel Campos**

Escuela de Comunicación Social

Universidad del Zulia. Maracaibo, Venezuela